

# TAMBO

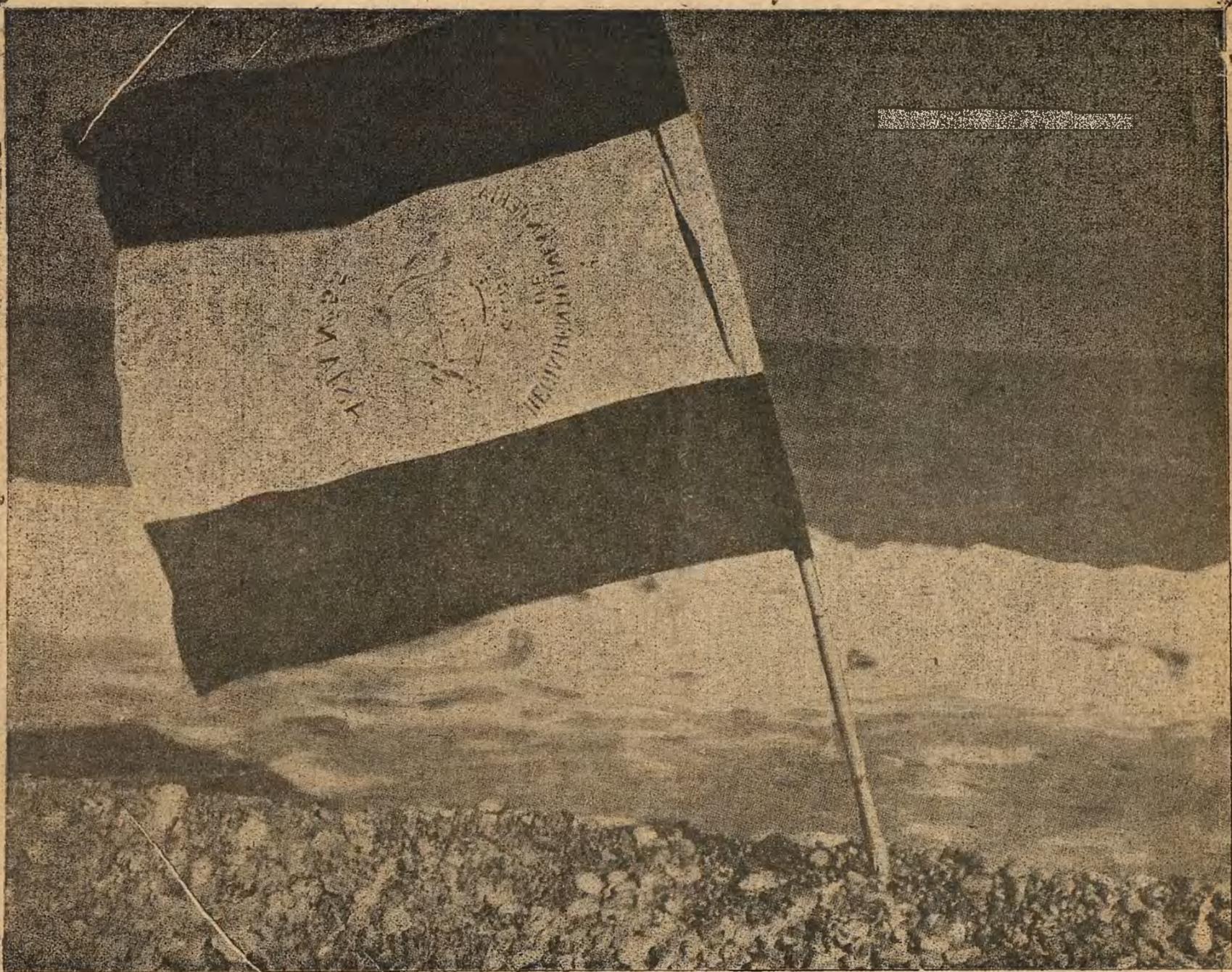


SEMANARIO

MADRID, 10 DE MARZO DE 1940

Año 1.—Precio: 40 cts.—Núm. 1:

Redacción y Administración: Juan de Meno, 19.



## INDICE

Información de Política nacional e internacional

Secciones: Letras, Arte, Música, Finanzas, Toros, Teatros, Modas y Sociedad, Cine, Deportes, Humor.

### La que leyó el viento

Cuento de SAMUEL ROS.

### La muerte de un Padre

Cuento de F. SILLANPÄÄ.

### Portugal

por EUGENIO MONTES.

### Pintura española del XVII

por E. LAFUENTE.

### Roma 1940

Reportaje de PAOLINI.

### La «cosa pública»

(anécdota de 1900).  
por A. HEREDERO.

### Taurolatria

por C. ESPINOSA.

Dibujos de VAZQUEZ DIAZ, BENJAMIN PALENCÍA, SERNY, MIHURA, TAULER Y ESPLANDIU

## SERVICIO DE UNA POLITICA IMPERIAL

HACE años, el "Punch" publicaba una poesía a los funcionarios del Imperio británico que vigilan la entrada del Estrecho de Bab-el-Mandeb. "Saludemos—decía el "Punch", esta vez sin sombra de ironía—a los empleados ingleses que en los más humildes puestos residen, sin agua, en el agujero infecto de Perim por la gloria de los cables y del carbón de la Gran Bretaña." En estos versos se encierra el secreto de toda la política colonial inglesa, de toda la táctica imperial que hoy, a la hora de la batalla y de la sangre, encuentra un enjambre de pueblos sojuzgados preparados a morir sobre las abrasadas tierras de Oriente.

El sacrificado desvelo de tantos funcionarios ingleses sobre los inhóspitos peñones de la ruta de la India se resume hoy en ese Ejército de australianos, neozelandeses, egipcios, indios y franceses, que, a las órdenes inmediatas de Weygand, va a cumplir las consignas del Foreign Office.

Desde que la joven Inglaterra soñó con los diamantes de Golconda, una política entera y perfecta se ha dirigido a garantizar los caminos de la India lejana. Durante muchos años, Gran Bretaña no tiene más que los correos de escala por la costa; pero la apertura del Canal de Suez plantea difíciles problemas. El Océano tenía ancho espacio para todas las flotas. Desde Suez en adelante, cualquier ribereño cercano a Gibraltar, a Malta, a Suez o a Perim puede cortar la marcha de las flotas, la vibración de los cables o el paso de los mercantes.

Todo esto es demasiado complicado para el entendimiento de un "tory" que desee simples medidas de represión sobre las razas sojuzgadas, o para el "cockney", que sólo quiere hacer chistes a costa del oneroso precio que el Erario inglés paga por su vida imperial. Sin embargo, Inglaterra ha realizado una política, impopular en muchas ocasiones, centrada en el Mediterráneo y en la meseta occidental

asiática. ¡El Mediterráneo y Oriente! Estas dos palabras, a despecho incluso de la incompreensión de la Metrópoli, protegen el complejo geográfico y político del Imperio inglés. Al servicio de ellas vive y muere el funcionario colonial británico. Audaces agentes han mantenido ensangrentadas las rutas de la India, sin necesidad de verter una sola gota de sangre inglesa. Todos los caminos han sido avisperos donde se han mantenido rivalidades seculares, y en los que toda unidad antibritánica ha sido imposible.

Los ingleses al servicio del Mediterráneo y del Oriente llegaban, aparentemente, a sentirse ajenos a su verdadera Patria. Muchos agentes arabizados parecían entregarse a las consecuencias de una política cuya causa habían abandonado de antemano. Así el famoso Lawrence y la magnífica Gertrudis Bell, muerta en Bagdad, que escribía: "El Oriente se ha arrollado en torno a mi corazón hasta el punto de que no sé quién soy yo y quién es él." En esta entrega a la misión está el secreto de la compleja misión británica.

Inglaterra ha estado siempre dispuesta a todo, incluso a lanzar a Europa a la guerra, cuando la marcha de los pueblos ha pisado de cerca los puntos de apoyo de su ruta mediterránea y oriental. Por eso, cuando el ferrocarril alemán Basora-Bagdad-Mosul fué comenzado, el Foreign Office sintió estremecerse al corazón del Imperio. He aquí por qué el estratega de café no acertaba a comprender por qué entre 1914 y 1918 las tierras de Mesopotamia eran testigo de un formidable espectáculo militar. Estaba muy cerca la costa del Irán, y todo el pasado del golfo y todo el porvenir de la India estaban allí.

No es sólo la "pipe line" del Mosul, ni las trescientas mil balas de algodón, ni los quinientos mil caballos de fuerza de la hulla blanca de Mesopotamia, ni las dos cosechas de trigo simple y escuetamente, LA VIDA.

# La muerte de un Padre

F. E. SILLANPÄÄ.

PARA comprender y apreciar la poesía íntima cotidiana, dolorosa, de la prosa de Sillanpää, es menester conocer la región boreales por donde vagara la fantasía del autor del "Persiles". No digo que haya que conocer precisamente a Finlandia; basta con otra tierra escandinava, o Escocia, o Canadá: tierras en que la Naturaleza predomina sobre los escasos seres humanos, donde el sol calienta poco y donde las noches del invierno son interminables. Como hay una cultura, un carácter, una literatura mediterráneos, los hay también boreales. Cuanto más subamos hacia el Norte, menos gestos aperibimos, menos voces oímos; todo se hace más silencioso, más monótono, más opaco. Las alegrías y los dolores se manifiestan de un modo que para el meridional parece apagado, casi aburrido. Un D'Annunzio, un Sorolla, un Eorbiere, serían poco menos que inimaginables en los sesenta y setenta grados latitud Norte. ¿Es que allí la gente siente menos que aquí? No; pero por una autodisciplina ignota sabe evitar los gestos violentos, las palabras alisonantes, todo cuanto pueda parecer exagerado, desmesurado, antisocial. También allí se llora; pero las lágrimas corren hacia adentro.

Sillanpää es un escritor típico de esas tierras septentrionales; el más grande de los finlandeses de hoy y —con excepción de Knut Hamsun, que sobrepasa a todos los contemporáneos— quizá de los cuatro países escandinavos. No quiere decir esto, sin embargo, que sea un novelista muy ameno ni muy interesante para el lector español. Este lo encontrará, probablemente, demasiado sencillo, "calmoso", calligano. Dirá que en las novelas y los cuentos del último Premio Nobel no ocurren cosas interesantes. Y tendrá razón desde el punto de vista de las literaturas meridionales. En efecto, resultaría difícil contar el asunto de una novela de Sillanpää. ¡Tan pocas cosas "visibles" pasan en ella! El asunto es lo que menos importa. En lo que hay que fijar la atención es en los detalles, en las pequeñas alegrías y los profundos dolores de sus pequeños burgueses y de sus campesinos, clase de la que él mismo procede. El cuento que publicamos es una clara muestra de su manera de escribir, aunque solamente es un reflejo más del genio típico del nórdico del novelista de "Santía Mielva" y "Silya".

ANDRÉS REYES.

A vida del zapatero remendón Salmi puede ser ahora examinada y juzgada por completo, porque acaba de extinguirse. Ayer por la mañana Salmi tuvo un ataque y ha muerto este mañana, sin haber recobrado el sentido. Como padre de familia, muy penetrado de su importancia, su existencia tocaba de cerca a la de varios seres, y aunque no fué más que una simple mella entre la inmensa red de las vidas humanas, la suya puede ofrecer algún interés. Lo tuvo en todo caso este día.

Salmi ha dejado dos hijos: Reino, que tiene cuatro años, y Pávo, que tiene once. Están en una casa del pueblo, en espera de que se pueda colocar definitivamente a estos huérfanos. El más joven, completamente atontado, no hace más que llorar. Dé la vida de su padre conserva algunos rasgos salientes, que se refieren a los dos o tres últimos años, tiempo que flota ahora en su espíritu como un océano sin límites. ¡Todo ha cambiado tan bruscamente! No hace

apenas más de dos horas, las cosas eran inmutablemente las mismas. Andaba a paso cortito por la carretera, tocado con el viejo sombrero de padre, vestido con la chaqueta y calzado con las botas de Pávo, y marchaba orgullosamente, arrojando piedras y can-

—¿Qué haces ahí, pequeño Salmi?—le preguntó; y por toda respuesta no recibió más que una mirada penetrante y severa, y añadió: —¿Está tu padre en casa?

Como tampoco tuvo respuesta, el hombre de los bigotes montó en su bicicleta y se alejó. Entonces,

borde del pantano pudo oírse este apóstrofe desesperado del padre Salmi, de pie en los peldaños de su escalinata:

—¡Ahí no! ¡Ahí no!

—¡Deja ahí tu bidón!—gritó el agente, que había aparecido en el

—lloriqueó Pávo cuando el agente cortó su tentativa de fuga.

—Es cierto; pero recibirás, en cambio, un papel para la próxima sesión del tribunal—contestó el agente, bromeando pesadamente.

—Deja que el chico vaya a la escuela... Soy yo quien tengo que ver en estos asuntos—dijo con una voz ruda el zapatero, que había vuelto a su umbral.

—No te inquietes, amigo; seré yo quien le hará recitar esta vez sus lecciones.

El agente entró en la casa con Niemi, y Pávo debió seguirles. En cuanto a Reino, se acercó con paso vacilante al pequeño patio. Una excitación desbordante reinaba en los alrededores; las otras casas parecían esperar, reteniendo su aliento, lo que iba a suceder en aquella. Pareció al muchacho que le empujaban hacia adelante, como si fueran a estrangularle. Aun sus ropas, demasiado grandes para él, pero que a él le gustaban, le causaban ahora una impresión singular y desagradable.

El agente salía ya de la casa. A la puerta se le oyó que decía:

—Yo diré en la escuela por qué Pávo llega tarde.

Después de esto, se marchó, llevándose el bidón de padre, y pasó junto al chico, semejante a un gran peligro, mientras que Niemi corría detrás de él. Ahora estaban en la carretera. Sin embargo, en esta mañana extraordinaria padre y Pávo habían quedado juntos en la casa, mientras que Pávo hubiera debido estar en la escuela desde hacía tiempo. El peligro aparente se había alejado; pero un peligro invisible penetraba en el niño con un terror creciente. ¿Se oía la voz de padre en la casa? Sí... y ahora eran los gritos de Pávo. A cada sollozo sentía como una amenaza de patadas... Reino corrió a refugiarse en la leñera. De repente, vio a Pávo que se lanzaba fuera de la casa, con un libro en la mano, y le siguió con los ojos por el camino de la escuela, hasta que lo perdió de vista. Ahora padre estaba solo en casa; pero su brutal e incomprendible persona parecía buscar a Reino en la leñera para cogerle, como hacía poco a Pávo.

La voz de padre no se dejó oír, sin embargo. Pasó un instante, después otro, si bien la ansiedad del niño dejó paso gradualmente a una semiinconsciencia, en la que el temor de hacía un rato había desaparecido. El brillo del sol, cada vez más fuerte, le atraía a la carretera. Más valía esquivar, todavía la casa. ¿Y si emprendía el camino de la escuela, por donde Pávo no tardaría en volver?

Durante este tiempo, Pávo, sentado en los motorrales, en los límites del caserío, reflexionaba en la larga jornada que tenía por delante o miraba el libro que, al marcharse, había cogido al azar. No iría a la escuela, pero menos volvería aún a casa. ¿Qué podía esperar de esta jornada? Vergüenza y pesadumbre le llenaban



Reino corrió a refugiarse en la leñera

fando las alegres estrofas de una canción de leñador:

„Heme aquí, en el bosque profundo, cuando el sudor mana de mi frente.“

En cada cesura tiraba un guijarro, y los movimientos de su cuerpo parecían los de un héroe lugareño ávido de peleas. Pero he aquí que apareció en lo alto de la cuesta, semejante a un sombrío nubarrón detrás de la colina, un hombre de alta estatura, que tenía en la mano su bicicleta. El niño conocía bien aquellos bigotes largos y feos, y aquellos dientes amarillentos. ¡Cuántas veces padre había reído burlescamente al percibir al hombre por la ventana!

de debajo del gran sombrero se oyeron estas palabras:

—¿Y eso qué te importa?

Salmi se habría puesto enfermo de risa si hubiera sabido el encuentro de su chichuelo con el agente de policía, si la jornada hubiera terminado de otra manera; pero reservaba acontecimientos mucho más importantes.

El agente pasó en bicicleta delante de la casita de Salmi y se paró en la puerta de Niemi. Un instante después, el joven Pávo salió corriendo de la casa paterna, con un bidón en los brazos, y se dirigió hacia el pantano. Cuidaba de ponerse al abrigo de las casas para no ser visto desde casa de Niemi, pero cuando llegó al

umbral de Niemi, en compañía de éste.

Pávo se volvió, tan desconcertado, que su bidón fué apercibido tanto desde casa de Salmi como desde casa de Niemi. Entonces lo dejó caer, y, llorando, echó a correr para entrar en la vivienda. Durante este tiempo, Salmi se había retirado al interior de su casa. En las ventanas de otras casitas aparecían cabezas de mujeres, y en los jardinillos los chicos miraban boquiabiertos. Una atmósfera de ansiosa espera se extendió de repente por todo el caserío en esta bella mañana del mes de mayo, un poco antes de las nueve.

—¡Llegaré tarde a la escuela!

el corazón. No comprendía por qué había que ocultar el bidón en otro sitio que el ya conocido, cerca del pantano. Pero ¿por qué el viejo no cuidaba por sí mismo de sus bidones? "¡Demonio!—dijo casi en alta voz, acordándose de la furia con que su padre le había pegado—. ¿Por qué no marcharme de aquí, dejarla todo y, en un lugar lejano, entrar como mozo de una granja? Si me quedo, me golpeará aún, como golpeaba a veces a madre." Mientras dejó poco a poco de llorar fuertemente, el niño, con los ojos fijos en su libro, se acuerda del tiempo en que murió su madre. Era un invierno duro, poco antes de Noél. Padre había vuelto borracho a casa y los había puesto a la puerta, a pesar del frío, a madre y a él. Muy poco tiempo después vino Reino al mundo, y su madre murió en seguida. Los años que siguieron se extendían delante de él como una larga cadena de días sin relación, que convergían sin interrupción en esta funesta mañana. Muy cerca está la casa y padre dentro. Allí está la escuela, el maestro, y más lejos, la policía.

El sol bañaba las manos y las piernas desnudas del niño, cuyos pensamientos se calmaron. Al mismo tiempo una oleada de calor recorrió su ser. Había percibido a Reino, con su atavío de costumbre. ¿Es que padre le habría pegado también? Serían dos entonces en el vasto mundo.

—¡Reino!

El pequeño paseante se paró y, levantando los ojos, miró atentamente.

—¡Reino!

—¡Ven por aquí!—le gritó Pavo con voz contenida.

Pero como Reino continuaba avanzando, Pavo se levantó para acercarse a la carretera. Donde él estaba no se le podía ver, felizmente.

## EDITORIAL

CISNEROS

—Ven por aquí; vamos a trepar por la colina.

Aun sonriendo con sus grandes ojos, Reino estaba extrañamente intimidado, como si tuviera miedo también de Pavo. No pudo explicar nada a su hermano, sino que padre estaba en casa y que no le había pegado; pero ¿cómo Reino había logrado venir hasta allí, pasando precisamente bajo la ventana de padre? Quizá en casa había algo nuevo, alguna cosa que hiciera olvidar el resto...

Había ocurrido, efectivamente, un hecho nuevo para los niños, tanto el mayor como el pequeño, que no supieron sino al cabo de un largo rato y no comprendieron sino después de días y semanas.

Al huir, Pavo no se había cuidado del estado en que dejaba a su padre. Si al traspasar la puerta hubiera echado una ojeada detrás de él habría visto a aquel que acababa de pegarle hundirse en su lecho y quedar allí tendido. En el momento en que Reino corría hacia la leñera y Pavo hacia la carretera, el zapatero perdía suavemente el conocimiento. Las arterias de este hombre, de temperamento fuerte, que, durante cerca de cuarenta años habían hecho subir la sangre a su cerebro, se rompieron en ese instante y el oscuro licor de vida se propagó por las misteriosas retículas de los tejidos; mientras que, sin saber qué había pasado, su tenaz corazón continuaba funcionando. Por muy debilitado que estuviera su pensamiento, se daba cuenta de que estaba acostado allí en su habitación, y tuvo tiempo para aferrarse a la idea de que la vida no le había dado

—estaba muy lejos—lo que él había exigido de ella. Una angustia infinita aprisionaba los últimos restos de su conciencia. En este minuto surgían en su espíritu Dios, el alcohol, su mujer, sus hijos, las ganancias de su trabajo —estas sobre todo—bajo la forma de adversarios, mal intencionados y finalmente victoriosos. ¡Con qué astucia, con qué terca malignidad le había atormentado el demonio de su existencia! A medida que el fin se aproximaba, la maldad de este espectro aumentaba, se estrechaba sobre él hasta aplastarlo. ¡No había podido triunfar, a pesar de haber conocido a fondo todos sus azares! "¡Endiablada vida! No he podido sacar más de ti. Dinero he ganado tanto y más; pero es a ti a quien hubiera debido ganar completamente, y no ha habido medio. ¡En qué tiempos he vivido! Los pedidos de botas para los rusos, la revolución... Discurriendo, he logrado meterme en los cuarteles de los rojos, y esto me dió dinero. Después he sabido sacar buen partido con los blancos. ¡Ah, sí! ¡Demasiado bueno! Cuando llevaron a la vieja Lepistö hacia el Norte fui yo el encargado de regentar su casa y sus asuntos: un excelente negocio. Subía, subía siempre más alto, tan deprisa como ahora me hundo... Sí, he sabido ganar dinero y he sabido también qué es la bebida. El alcohol quiere decir victoria, victoria y dominio del astuto demonio de la vida. Bebo porque puedo, porque me siento capaz de absorber todo lo que contiene el mundo, yo que conozco todos sus manejos... Pero en esta hora todo se desploma, el demonio se abate sobre mí con toda su carga, como si acabase de encontrar algún nuevo truco del que yo no tuviese la menor idea, y del que no me da tiempo a guardarme, arrastrado como me encuentro por este huracán. Mi vieja murió—esto también parece ahora un suceso ex-

traño a mí—; pero no muría como yo... Era ya uno de los nuevos trucos que entreveo solamente ahora, cuando ya no pueda más... Por lo que se refiere a los hijos, he perdido algunos, y los que me quedan no los tengo. Reino es demasiado joven para ocuparse de negocios, y Pavo es demasiado tonto para comprender nunca nada. ¡Oh! Han huído lejos de mí, y ya no tengo fuerza para sujetarlos."

Tales fueron los últimos pensamientos de este hombre, de color terroso, durante los pocos instantes en que de sus vasos rotos se derramaba la sangre en su cerebro. Después vino la calma: la dura y violenta imagen que él se formaba del mundo lo aplastó, por así decir. No obstante, su corazón continuó latiendo y su pecho respirando, como si estuviera en otra parte.

Cuando, al fin, los chicos volvieron a casa, creyeron que su padre dormía, aunque esto les pareció raro, sobre todo en un día parecido. Instintivamente, y a propósito, hicieron ruido; pero padre no se despertó. Era extraña también la posición en que se encontraba, con una de las piernas colgando fuera de la cama. Un terror indescriptible se insinuó poco a poco en su espíritu y dejó paso a la emoción y al miedo que habían experimentado aquella mañana. Habían tenido ya esta sensación al llegar al cercado: Reino empezó a sollozar, a pesar de que no se vió ni oyó nada de extraordinario.

Sin embargo, los chicos no se dijeron nada uno a otro, y se limitaron a dar vueltas por la habitación, escuchando la fuerte respiración de su padre; después terminaron por acercarse al lecho; pero el durmiente no hizo movimiento alguno. En la pared, el péndulo, cuya pesa no había sido levantada, parecía estar a punto de pararse. Todo era extraño y terrorífico. Los niños se deslizaron fuera de la casa.

Sus idas y venidas, así como la desaparición prolongada del zapatero, despertaron la atención de los vecinos. La vieja Niemi vino a su umbral y, con el rostro vacilante, estuvo allí mirando por todos lados. Como impulsados por una fuerza desconocida, Pavo y Reino se aproximaron pasito a pasito a esta comadre de lengua suelta, a la que detestaban por esto.

—¿Qué hace Salmi?—preguntó ella.

Reino hubiera podido contestar muy bien: "¿Qué te importa?"; pero no profirió palabra, y fué Pavo quien dijo en voz muy baja:

—Duerme.

—¿Duerme?—repitió la vieja con aire de duda, y, como si no supiese que estaban allí los niños, se puso a observar más atentamente la casita de Salmi. "¡Extraño sueño!", murmuró al volver a su casa.

Muy pronto, Niemi vino a su vez. El y su mujer hicieron a los chicos otras preguntas, a las cuales, Pavo respondió con dificultad y como de mala gana. Entretanto, miraban en silencio las ventanas de Salmi; después se decidieron y se aproximaron a la casa, donde entraron y comprendieron lo que había pasado.

Cuando, desde las otras casas, vieron que Niemi y su mujer tardaban, la curiosidad acreció rápidamente. Mujeres y niños comenzaron a afluir a casa de Salmi. Entre el murmullo de palabras cambiadas en voz baja, Pavo y Reino pudieron oír explicaciones, conjeturas y críticas sin número.

"¡Este alcohol alemán! Parece

que puede hacer reventar. Pero Salmi no se había emborrachado desde al domingo por la noche... a menos que estuviera borracho hace poco, cuando vino la policía... ¿Estabas tú en casa, Pavo? ¿Quién la ha visto en pie por última vez? ¿Eras tú, Pavo? Tendrás que decirlo todo... La policía hará seguramente una investigación."

Por otra parte, en seguida la gente dió rienda suelta a una simpatía lastimera hacia los niños. Reino comenzó otra vez a llorar ruidosamente, y Pavo hizo lo mismo. Únicamente el zapatero, tendido en su cama, no decía nada.

—¡Ved! El péndulo se ha parado también.

—¡Dios mío! Si muere, ¡qué tristeza habrá ahí dentro, con ese cadáver tan solo!

—¡Oh! Una vez muerto, ya no podrá hacer mal a nadie.

—¡Y yo, que la otra noche veía en sueños!

—¡No lloréis, pobrecitos! ¡Ya no adelantáis nada!

Se discutió entonces sobre lo que convendría hacer. Lo mejor sería que los niños fuesen a pasar la noche en casa de Maantiela, puesto que formaba parte de la comisión de tutela. Y, además, alguien tendría que quedar para velar a Salmi, aunque la vela no sería muy larga... Los niños no estarían seguramente a cargo del Ayuntamiento, porque les quedaría alguna cosa; pero era preciso, no obstante, informar a Maantiela. Con este cambio de conversaciones se buscaba enterarse de lo que había en la casa, como muebles, para poder decir el día de la subasta, si hubiera necesidad, que había habido tal o cual objeto y que actualmente faltaba... ¡Lo que es la vida! Se busca lograr el bien, se deja de lado, y después, la venta en subasta.

Los niños durmieron aquella noche en el horno de Maantiela. Reino no tardó en dormirse; pero Pavo permaneció despierto mucho tiempo en su lecho. La imagen amenazadora de su padre, agarrándose por la nuca, no se apartaba de los ojos del muchacho, y parecía que debía continuar allí durante muchos años. Además de esta inmovil aparición, evocaba en su espíritu los innumerables acontecimientos que se habían sucedido desde la muerte de su madre hasta aquel día. Reino estaba acostado cerca de él, y su padre, en casa, lo estaba también... ¿Padre? Pero ¿qué es un padre? A medida que se aproximaba el sueño, su memoria y su imaginación creaban una zarabanda cada vez más desenfundada... Padre estaba sentado a la mesa y hablaba solo y balbuciente, mientras que él y Reino estaban ya en la cama. Bebía a veces de la misma botella, y empezó a hablar otra vez, hasta que las lágrimas brotaron de sus ojos y prorrumió en sollozos, diciendo cosas que él y Reino no podían comprender. Después de esto, padre se levantó y se acercó a su cama con el brazo extendido. Era una noche, no se acordaba cuándo; pero, de todas maneras, después de la muerte de su madre... A esta imagen sucedió otra, tal vez la del maestro a la del agente de policía.

En fin, el sueño se apoderó de Pavo y lo sumergió repentinamente en su imperio, donde se pierde la noción del tiempo. Cuando, por la mañana, se despertaron los niños, se les dijo que su padre había muerto. Fué para ellos una noticia sin importancia. En la tarde de la víspera y en la noche última, en sueños, otra malla del tejido de la vida había comenzado a formarse para ellos,

PUBLICIDAD

DE LIBROS

PUBLICIDAD

DE VIAJES

Y TURISMO

## Los problemas de la historia del arte y nuestra pintura nacional

A pintura es, de todas las artes figurativas, aquella por la que el genio de España ha sentido mayor vocación en las obras de nuestros grandes pintores; España ha hecho a la posteridad algunas de sus más sinceras confidencias. Si en toda manifestación artística el deseo, más o menos profundo, de expresar la visión del mundo que late en el artista y, por su mediación, en su país y en su época, los pintores españoles han logrado alumbrar en algunos felices momentos intuiciones sorprendentes del mundo del hombre con los puros medios de su pincel y sus colores. Por esta razón, los grandes pintores de nuestro país constituyen valores universales y figuran entre lo más valioso con que España ha contribuido a la cultura.

Menos Goya, que es un pintor excepcional, que aparece en el ambiente de arte mediocre de la España del siglo XVIII y desarrolla una obra enorme por su genialidad personal, nuestros más grandes pintores viven todos en el siglo XVII, época de plenitud no sólo para el arte, sino también para nuestras letras; en un período aproximado de cien años viven los más grandes espíritus españoles. Esto es azar venturoso, sino ley de la historia. El XVII es un siglo de madurez para España, y, como los grandes nacimientos europeos, no cobra plena conciencia de su ser hasta comenzar lo que se llama la Edad Moderna. Y los grandes productos del espíritu humano, arte, ciencia, literatura, encuentran ambiente propicio para desarrollarse. En todo caso, no es posible desconocer que todo movimiento cultural o artístico, aunque iniciado por minorías, necesita, indudablemente, para fructificar, la existencia de factores sociales favorables. Pues para que se produzcan los altos valores de la cultura no basta la existencia o la abundancia de talentos personales; es preciso un factor social en que el artista o el pensador tomen raíz y que logren dar de sí todo el fruto de que el genio individual es capaz. Ello explica la importancia de la aparición de los insignes escritores y artistas de nuestra nación en un período de nuestra historia por esta misma razón se hace otras veces el fenómeno contrario: transcurren a veces siglos enteros sin que pueda encajarse en la historia de un país ningún escritor o artista comparable a los que otros períodos produjeron en otros países.

## EXPOSICIONES

**MARCELIANO SANTAMARIA**, en el Círculo de Bellas Artes y en el Salón Cano.

Podría aplicarse a este otro jubileo artístico del no menos veterano Santamaria cuanto acabamos de decir respecto a su colega. Con dos diferencias, una en contra y otra en pro. Aquella, que la calidad pictórica inicial no alcanza la altura evidente de Moreno; ésta, que la adaptación a lo que ambos consideren último está mejor conseguida. Todo conserva un tono más igual, sin rebasar — ni hacia infiernos ni hacia glorias — lo mediocre. Más la desventaja de que Santamaria no ha atacado los temas de ardua composición que elogiábamos más arriba. Uno de sus cuadros más discretos es el paisaje "Covarrubias", de la tunda del Salón Cano.

Interesantes las dos Exposiciones precedentes, como lección de paso para nuestra juventud. En esta última instancia uno se complace en reafirmar opiniones y en no ser fariseo ante la propia conciencia. Pasaron ya los tiempos en que el oficio de "enfant terrible" imponía una ignorancia sistemática de cuanto no era susceptible de incluirse en la órbita del escándalo.

**JOSE MORENO CARBONERO**, en la Academia de San Fernando.

El veterano pintor ha recogido en este pomposo salón de los discursos una muestra larga de su producción desde principios de siglo. Ello sirve para justificar las sabrosas advertencias que pudieran plantearse a toda la pintura castellana de nuestro tiempo. Moreno Carbonero ha estado siempre desprovisto de aquel gusto elemental imprescindible para su profesión; en ello coincide con casi todos, por no decir todos, sus compañeros de escuela, llevándoles de ventaja a muchos su gran preparación técnica de los años mozos. No hemos de ser tan injustos con las generaciones que nos precedieron, que no situemos sus valores, y siempre defenderemos la calidad pictórica, ya que no artística, del injustamente vituperado "Conversión del Duque de Gandía". Ahora bien: el tránsito entre la primera manera de este pintor y la actual descubre en todo caso lo que podría haber engañado a los míopes. La aparición del impresionismo desterró para siempre de la tela aquella coloración y aquel ambientaje obscuro en que esos viejos maestros cursaron su aprendizaje. Entonces, incapaces de adaptar su fórmula a la nueva retina, no supieron aprovechar del fenómeno más que lo puramente externo, la coloración. ¡Error incommensurable ese de mantener el dibujo y su concepto para desagrar sólo la luz! Entonces vino toda esa pintura lamentable, aire de postal, falsos Sisley empujados hasta lo cursi... En estas muestras de Moreno Carbonero se anota bien la improvisación y falsedad de la segunda etapa: "La rendición de Granada", "El asombro de Alhambra", "El escudo del Qui-

jote": apenas se concibe cómo ha podido tomarse en serio todo esto. Y el comentario no excluye aprobación a la valentía temática del pincel, inquiriendo algo más que pequeños paisajes o naturalezas muertas al uso... Junto a este desastre, la pintura morigerada y digna de hacer treinta, de hace cuarenta años. De la que destacaremos los retratos, y especialmente los de Benlliure y los del viejo don Amos Salvador.



SIRENAS

culturas en la iglesia madrileña de San Fermín, la Virgen de las Angustias, en el Oratorio del Olivar, y otra en la catedral de Salamanca (fig. 148), siguen la técnica tradicional de la madera policromada. Escultor de pocos vuelos, es, sin embargo, agradable y sincero, sin las afectaciones corrientes en otros artistas del grupo. Discipulo suyo es Francisco Gutiérrez, pensionado en Roma por la Academia y sucesor de Carmona en la dirección de ésta; escultor de Car-

Pedro de Mena, prueba de la estimación que le merecían los escultores del diecisiete. No falta tampoco algún extranjero, como Roberto Michel, francés, que fué escultor de Fernando VI y director de la Academia después de Mena. De su gracia elegante, con movimiento de paños y actitudes bien estudiadas, son prueba la Virgen del Carmen, de piedra, que corona la portada de la parroquia de San José, de Madrid, o la Virgen con el Niño, sentada, de talla, en el retablo de la citada iglesia de San Fermín.

**EXPOSICION DEL DIBUJO, ACUARELA Y GRABADO MEDITERRANEOS**, en el Museo de Arte Moderno.

La resonancia, por lo menos espiritual, que incumbe a esta magnífica feria que debemos al desvelo intrépido de Pedro de Valencia y Genaro Lahuerza motivará un comentario de nuestras columnas, más extenso que estas simples acotaciones. No queremos, con todo, que nuestra premura se disfraze de olvido. Máxime cuando la ocasión presente nos ha permitido descubrir verdaderos mediterráneos. Seguimos, como en lo comentado más arriba, en una orgía de revisiones históricas. Y algunas de las de esta ocasión llenan de júbilo. Así cabrá provisionalmente referirse a los "antiguos", porque, distraídos con aquella su labor llamada importante, en la que el marchamo de la época nos resulta particularmente enojoso, se nos hurtó siempre todo este arte menor, marginal, del que tanto nos toca aprender. A señalar, pues, alegremente tales nombres de Martí Alsina, Agrasot, Fortuny, el insólito Antonio Cortina, Francisco Domingo, el Pinazo, fundador de la dinastía, Emilio Sala, Pla, Zapater, Casas, Francisco Gimeno—ese Van Gogh de Sarría cuyos cuadros se cotizarán por cientos de miles de pesetas el día que se le conozca bien...— ¡Qué giro están dando ya las cosas, por fortuna! ¡Y qué estúpidas ciertas generaciones incluseras, renegando obstinadamente de su casta!

### BARCELONA

**EXPOSICION DE ARTE RELIGIOSO**, en el Círculo Artístico.

Tampoco en Barcelona se duermen. Después de la Exposición de conjunto de "Maestros impresionistas y naturalistas de fin de siglo" y de las parciales de Ramón Calsina y Juan Serra, asumen ahora este conjunto, de especial interés en momentos como éste, tan a propósito para todo el arte litúrgico en general. La Exposición va encabezada con el magistral "San Juan de Dios" que realizó hacia 1891 el mal estudiado escultor Agapito Valmitjana, y han concurrido a ella gran número de artistas, entre quienes los nombres prestigiosos de Enrique Monjo, Pérez Comendador, Olga Sacharoff, Vila Arrufat, Muntané, Vicente Navarro y Luis Masriera cumplen su eficaz ejemplo, puesto al servicio ahora de tan claro menester.

### LOS ESCULTORES DE LA ACADEMIA DE MADRID

La Real Academia de San Fernando, de Madrid, fué fundada por Fernando VI en 1752; sus primeros miembros eran todavía barrocos, como Felipe de Castro, que había trabajado en Sevilla con Cornejo antes de ser pensionado en Roma por el rey; fué luego escultor de la Corte e intervino en la serie de estatuas de piedra que hablan de coronar el Palacio Real; estas, así como los retratos de Fernando VI y Bárbara de Braganza, están aún dentro del estilo cortesano francés. Otro de los fundadores de la Academia fué Luis Salvador Carmona, escultor secundísimo y ya plenamente neoclásico, como lo revela el cuidadoso estudio del desnudo y la acción a la escultura de piedra o mirmol, como lo estatua del titular en la portada de San Sebastián, de Madrid. Sin embargo, varias es-

los III, se dedicó principalmente a la escultura decorativa; entre sus obras más conocidas está la estatua de la Cibele, en su fuente de Madrid.

Caso típico del peso de la tradición española en los escultores neoclásicos es el de Juan Pascual de Mena, el más interesante de ellos, director también de la Academia hasta su muerte, en 1784. Sus estatuas de piedra; varias de reyes para el Palacio Real, la fuente de Neptuno, en el paseo del Prado, de Madrid, y el busto de Carlos III, en la Academia, entre otras, no son mejores ni peores que las de sus compañeros; en cambio, sus esculturas religiosas, de madera policromada, tienen una dignidad notable, unida a un conocimiento perfecto de las formas clásicas; descuella el arrogante San Juan Bautista, en la iglesia de San Fermín (fig. 149). La pequeña Santa María Egipcíaca, en el Museo de Valladolid, imita directamente las Magdalenas de

### NOTICIAS

Se va a celebrar en Barcelona, dentro de pocos días, la Exposición de conjunto de Mariano Fortuny, de interés excepcional, porque por primera vez va a reunirse lo más considerable del gran artista. Todos los Museos de España, incluso el Prado, contribuirán con sus aportaciones al acontecimiento. Y su marco, como cumple, va a ser también de excepción: el maravilloso y romántico Palacio de la Virreina, que pone en las Ramblas su imagen del dieciocho cara a las flores, rodeado de garitas de memorialistas, techará con cielos rasos de falsos Tiépolos esa exhumación del inmortal reusense.

En San Sebastián está anunciada para dentro de muy pocos días la Exposición de artistas guipuzcoanos. Los nombres de Zuloaga y de Olasagasti presiden, coronados de fresco laurel, los dos equipos de seniores y juniors en esta noble competición sin posible derrota.

Ayuntamiento de Madrid